

enérgicamente toda concesión a los protestantes bohemios, declarando que «prefería perderse y morir antes que conceder a los bohemios un ápice más de lo que la carta de majestad les otorgaba.» Tampoco los bohemios tenían muchas ganas de llegar a una conciliación, y si bien algunos jefes del movimiento se mostraron en ciertas ocasiones vacilantes, el partido belicoso, a cuyo frente estaban el conde Thurn y Smiricky, supo siempre contrarrestar a tiempo y eficazmente tales vacilaciones. Este partido estaba convencido desde hacia tiempo de que los privilegios de los protestantes y de los Estados no estarían seguros sino con la desaparición absoluta de la soberanía de los Habsburgos. Por fin acordó convocar para el 14 de abril en Eger una dieta de conciliación; pero antes de que pudiera reunirse falleció el emperador Matías (20 de marzo de 1619), pasando de esta suerte definitivamente a Fernando la soberanía de los territorios hereditarios austriacos. A consecuencia de esto cambió de una manera tan fundamental la situación de las cosas que era imposible pensar en una tentativa formal para solucionar pacíficamente el conflicto. La cuestión que a todas se sobrepuso entonces fue saber si Fernando conseguiría también suceder a su difunto primo en el trono del Imperio.

FERNANDO ES ELEGIDO EMPERADOR DE ALEMANIA

Desde hacia años fijábanse en Fernando las miradas de todos los católicos y de todos los protestantes del Imperio, aquellos animados de grandes esperanzas, estos poseídos de graves temores: unos y otros veían en él el baluarte más firme del catolicismo, el enemigo más encarnizado de toda concesión a los protestantes. Razon tenían para opinar de este modo, porque, en efecto, ¡con qué perseverancia inquebrantable, con qué dureza no aplacada por ninguna resistencia, cuando en otro tiempo, siendo muy joven, apenas empuñó las riendas del gobierno, había no solo enfrenado, sino destruido al protestantismo en sus territorios hereditarios de Estiria, de los cuales se había enseñoreado la religión reformada! Lo que a cualquiera habría parecido imposible él lo consiguió: él supo en poco tiempo reducir nuevamente y por completo al catolicismo un país casi en su totalidad protestante. Después de haber alejado de su lado a los luteranos, aplicó en sus territorios las más rigurosas medidas. A los labradores protestantes les fueron impuestos párrocos católicos y los que no quisieron someterse vieron obligados a emigrar; la nobleza protestante invocó los privilegios que el padre de Fernando había otorgado, a lo cual contestó este declarando sin titubear que un príncipe no estaba ligado por los privilegios que le perjudicaban. Tenazmente y sin consideración alguna mantuvo cuantas medidas había adoptado, y su principal fuerza estribaba en esa energía que desplegaba en el terreno religioso-eclesiástico, energía que en el fondo tenía más de pasiva que de activa, que descansaba más que en sus propias espontáneas resoluciones en su incondicional adhesión a la Iglesia. Muerto Matías, había de verse hasta qué punto se mantendría esa firmeza de voluntad en una esfera de relaciones mucho más vasta, y no estaba tan fuera de duda como los católicos creían que Fernando estuviese realmente a la altura de las grandes dificultades que se le presentaban en el momento de fallecer el emperador. Considerables habían sido sus éxitos en Estiria, pero no eran debidos precisamente a notables condiciones de hombre de Estado, que él no tenía, porque en efecto carecía de aquel golpe de vista que de lo inmediato se eleva a lo general y que caracteriza al verdadero hombre de gobierno. Mas que un político era un monje, y su energía era más

bien la de un fanático religioso que la de un gran soberano; en suma, era un discípulo genuino y cada vez más convencido de los jesuitas.

Fernando había nacido en 1578: sus padres eran el archiduque Carlos de Estiria y la archiduquesa bávara María, ardiente católica y completamente penetrada de la verdad y universalidad de sus creencias. Las primeras y decisivas impresiones de su juventud recibiólas en la universidad jesuítica de Ingolstadt, a la que asistió con su primo, algo mayor que él, Maximiliano de Baviera y en la cual se penetró profundamente de la idea de la alta misión religiosa que como soberano estaba llamado a realizar, idea que no le abandonó en toda su vida y que en los momentos críticos de su existencia fortaleció en su ánimo la firme confianza de que no había de faltarle el auxilio de la Providencia. En un viaje que a Italia hizo antes de encargarse del gobierno de Estiria, formuló en la capilla de Loreto el voto solemne de extirpar aun con peligro de su vida en los territorios por él heredados todas las sectas y todos los errores. Manifestaciones análogas a esta hizo en otras muchas ocasiones; así por ejemplo dijo una vez que prefería reinar en un desierto que en un país de herejes. Sin ser propiamente cruel, tampoco era escrupuloso en la elección de medios para lograr sus fines religiosos. Hacía en todas partes alarde de sus sentimientos religiosos, que indudablemente eran hijos de un sincero convencimiento, y las ceremonias religiosas, las procesiones, las prácticas piadosas de toda clase le ocupaban casi por entero. Llevaba a tal extremo estos sentimientos, manifestados también en sus laudables prodigalidades para socorrer a los pobres, que muchas veces por atender a ellos no podía cumplir con sus deberes de soberano; así es que en todos los asuntos civiles dejábase influir poderosamente por los que le rodeaban. Su favorito, el barón de Eggenberg, ejercía sobre él un influjo casi ilimitado. También mostrábase Fernando, en todo lo que no eran cuestiones especialmente religiosas, incapaz de grandes resoluciones, dejándose guiar por sus consejeros privados. Siempre se adhería a la opinión de la mayoría de estos, a cuyas sesiones solía concurrir puntual y regularmente, y no sabemos de un solo caso en que obrase contra el dictamen de la misma ni siquiera en que aceptase el parecer de la minoría del Consejo. Carecía, además, de los grandes pensamientos creadores propios de un hombre de genio, y solo poseía la obstinación y la perseverancia para persistir con inquebrantable firmeza en una idea concebida, por la cual estaba dispuesto a arriesgar su vida, su reino y sus vasallos. Esa idea única a la que habría sacrificado todo cuanto en el mundo quería era el restablecimiento del catolicismo, la represión de toda herejía: solo en esto mostróse siempre y en todas las circunstancias enérgico. En todo lo demás mostrábase afable, accesible a todo el mundo y dispuesto a socorrer a cuantos lo necesitaran sin reparar en gastos, y no era en modo alguno brutalmente cruel y fanático como Felipe II. Gustábase el trato social y conversaba amablemente hasta con gente de la clase baja, tratando con amabilidad a sus mismos enemigos, si bien esto no era obstáculo a las medidas que contra ellos proyectaba y que llevaba a cabo sin odio y sin crueldad, pero también sin consideración personal alguna. Se ha asegurado, y es muy verosímil que así fuera, que cuando ordenaba alguna medida dura contra los herejes derramaba a menudo lágrimas abundantes y manifestaba que daría su vida si con ella podía sanar a todos los que estaban en la herejía: combatir esta parecía un deber religioso y consideraba como un crimen la política de condescendencia y de conciliación que en otro tiempo había seguido Klesel, permaneciendo aferrado a su punto de vista religioso con una decisión que más que de

energía merecía el nombre de terquedad. ¿Eran estas cualidades bastantes para ponerle a la altura de la misión extraordinariamente difícil que se proponía realizar? Nadie podrá afirmarlo, y si bien consiguió entonces algunos éxitos en todos los territorios hereditarios de la casa de Habsburgo, como antes los había alcanzado en Estiria y como luego los obtuvo en todo el Imperio, debióse más que a su energía pasiva a la debilidad, a la baja y a la ineptitud de sus adversarios. Al principio de su reinado parecía que había de

sucumbir ante los peligros producidos por el conflicto bohemio.

Inmediatamente después de muerto Matías, se dirigió Fernando a toda prisa a Austria para encargarse allí también del gobierno; pero ni en la Alta ni en la Baja Austria se le quiso reconocer de plano el derecho que se atribuía, declarándole los Estados que la corona de Bohemia y de Hungría no llevaba necesariamente consigo el gobierno de aquel país y opinando que el archiduque Alberto, el hermano del em-



Procesión de los electores en la coronación del emperador Fernando II en Francfort en el Mein. Facsimile de un grabado anónimo de la época.
1. Maguncia. 2. Tréveris. 3. Bohemia. 4. Colonia. 5. Palatinado. 6. Sajonia. 7. Brandeburgo

perador recientemente fallecido, era quien tenía mejores títulos para desempeñarlo. Difícil es decir si esta era realmente su opinión o si solo la tomaban como pretexto para sustraerse a la soberanía de Fernando; y lo más probable es que fuera esto último, pues de lo contrario hubiera debido producir en ellos su efecto el documento que les presentó Fernando, en el cual Alberto renunciaba en favor de aquel sus derechos sobre el Austria. Léjos de esto, el tal documento no hizo desistir a los Estados de su oposición al pretendiente, a quien solo se inclinaban a reconocer los católicos. A consecuencia de esto establecióse en las dos Austrias una separación completa entre los Estados católicos y protestantes, formando dos partidos cada uno con organización propia. En la Alta Austria, los protestantes eligieron un lugarteniente, el señor de Pohlheim, y se pusieron en íntimas relaciones con los rebeldes bohemios por mediación de Gotthard de Starhemberg.

Los bohemios entretanto habían asestado un nuevo y rudo golpe contra la soberanía de Fernando en los territorios he-

reditarios. Merced a una incursión realizada en Moravia por Thurn de acuerdo con algunos nobles allí residentes, las simpatías de la población morava por los bohemios, contenidas hasta entonces gracias a la política de paz y conciliación de Zierotin, se manifestaron con tanta intensidad, que aquel territorio se adhirió abiertamente a la rebelión de Bohemia contra la soberanía de los Habsburgos. El día 23 de abril entró Thurn en Iglau. En vano intentó Zierotin, que perseveraba en la misma actitud de siempre, evitar que sus compañeros de Estado dieran aquel paso extremo: su conducta en los últimos años le había hecho perder toda influencia entre ellos. Las cosas llegaron a un punto tal que los Estados decretaron un riguroso arresto, en sus respectivos domicilios, contra Zierotin, jefe durante tanto tiempo del movimiento por ellos emprendido, y contra el cardenal Dietrichstein. Apenas los Estados moravos resolvieron unirse a los bohemios, sus tropas imitaron su ejemplo y negaron la obediencia a sus dos coroneles Jorge de Nachod y Alberto de Wallenstein, que querían conservarlas fieles al emperador

y alejarlas de Moravia. Únicamente Wallenstein, que en aquella ocasión prestó el primer gran servicio á Fernando, logró llevar al apurado monarca una parte por lo menos de su regimiento y una caja de los Estados con 90.000 thalers, de la que había conseguido apoderarse. Los Estados moravos, á imitación de los bohemios, procedieron á organizarse en territorio independiente del rey y contra el rey. El intendente Ladislao de Lobkowitz fué destituido y en su lugar nombróse un gobierno de treinta directores, de los cuales doce pertenecían al estado de los señores, doce al de los caballeros y seis al de la clase media.

Este triunfo de los bohemios en Moravia fué en seguida la señal de tumultuosos movimientos en Austria. Starhemberg excitó á Thurn á que invadiera la Baja Austria, en donde le esperaban como á un Mesías, y Thurn, apresurándose á aceptar esta invitación, penetró en el país desde Znaim. En aquel momento hasta el embajador español Oñate consideró perdido á Fernando. El día 31 de mayo Thurn, al frente de un ejército de 10.000 hombres, emprendió la marcha á Viena, atravesó el Danubio en Fischamend y ocupó la pequeña ciudad de Grossenzersdorf, situada á una milla río abajo de la capital austriaca, cortando con este movimiento el paso á las tropas que para Fernando se habían reclutado en Hungría y que se habían puesto ya en camino, y á las cuales derrotó causándoles grandes pérdidas. En la noche del 5 al 6 de junio apoderóse Thurn de los arrabales de Viena.

Extraordinaria fué la agitación que en aquella capital se produjo, y mientras los católicos sentían grandes temores é inquietudes, los protestantes estaban poseídos de inmenso júbilo por la presencia de Thurn y aprovechaban la situación para recabar de Fernando, en aquellos momentos de pánico, las concesiones religiosas que durante tanto tiempo les habían sido negadas. Los jefes de los Estados acudieron armados al castillo imperial y solicitaron una audiencia, que Fernando les concedió al punto, recibéndolos solo, sin ningún ministro. Prodióse entonces una escena tumultuosa, durante la cual los Estados pidieron en actitud amenazadora que les fuese otorgada la libertad religiosa. Llevaba la palabra en nombre de ellos Jacobo de Starhemberg, pero en la conferencia intervinieron además otros muchos nobles, entre ellos Andrés Thonradl. En aquel momento extremadamente crítico se evidenció por completo aquella energía pasiva de Fernando, hija de sus acendrados sentimientos religiosos y de su absoluta y firme confianza en Dios; en efecto, ni por un instante abandonó su actitud digna de monarca y no se dejó arrancar una sola concesión. Cuando la excitación había llegado á su más alto grado, Gilberto de Saint Hilaire, al frente de algunos escuadrones de coraceros de Dampierre, penetró en el patio del castillo y salvó al emperador de la situación peligrosa en que se encontraba. Los diputados de los Estados, creyendo que se trataba de atentar contra ellos, salieron apresuradamente del castillo sin que nadie les pusiera el menor obstáculo. De este modo terminó aquella audiencia con gran contento de Fernando, que pudo así escapar del peligro en que se había visto por algunos instantes. Este peligro cesó por completo pocos días después, porque Thurn comprendió que no le era posible poner formalmente sitio á la ciudad de Viena. Había contado con que los protestantes le entregarían una de las puertas de la capital, y no habiéndose realizado esta esperanza, hubo de emprender la retirada. Poco á poco se habían reunido en Viena 6.000 hombres de las tropas reales á las que solo podía oponer Thurn unos 8.000, con los cuales no podía emprender el cerco de una ciudad tan grande, careciendo de la artillería necesaria para ello. Se agregaba á esto que Hohenlohe, á quien Bu-

quoy había colocado en Bohemia en una situación comprometida, pedía á Thurn auxilios con toda urgencia. Precisamente en los días en que Thurn, á consecuencia de esa demanda, resolvió retirarse á Bohemia, la causa de los rebeldes sufrió allí un golpe rudo. Mansfeld, que había recibido de los directores la orden de acudir desde Pilsen en ayuda de Hohenlohe, vióse atacado en Zablau y Netolitz por Buquoy, siendo completamente derrotado y quedando poco menos que destruido su cuerpo de ejército que constaba de 3.000 hombres. En aquella batalla ejecutó el movimiento decisivo un regimiento de caballería walona mandado por Wallenstein. La derrota causó en toda Bohemia una impresión terrible y todo el mundo comenzó á temer por la suerte de la capital; tiempo era, pues, de que Thurn regresara á Bohemia. Efectivamente, este caudillo emprendió la retirada el día 14 de junio, con lo cual Fernando se vió libre del peligro que la proximidad de su enemigo entrañaba y pudo pensar en dirigirse á Francfort, donde debía reunirse en el mes de julio la dieta de electores convocada por el de Maguncia que había de dar un nuevo jefe al Imperio germánico.

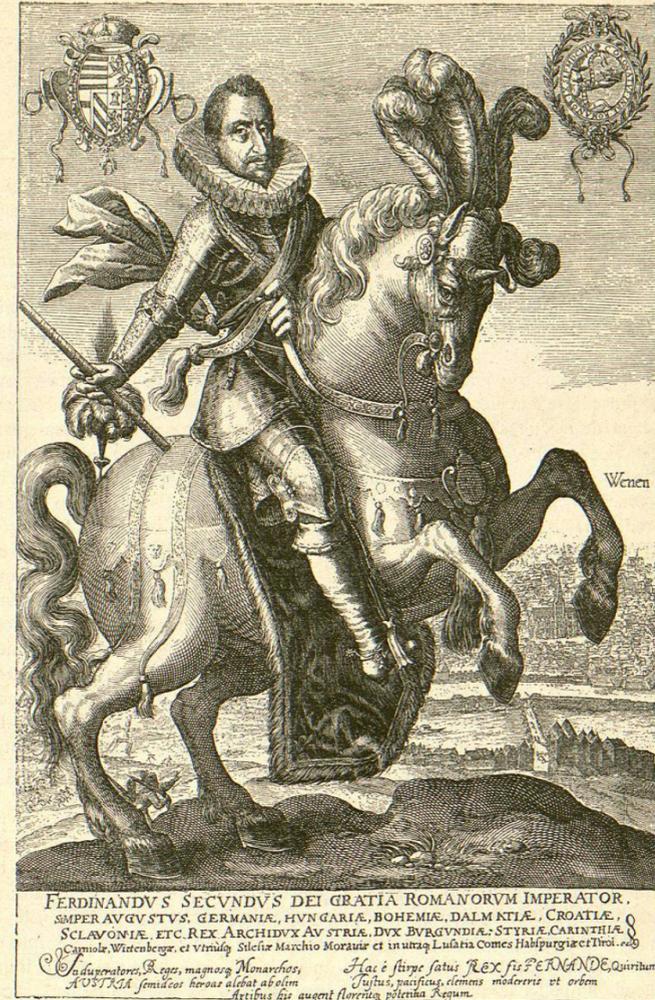
Era para Fernando cuestión de vida ó muerte su elección para ocupar el trono imperial vacante por muerte de su primo, pues aun cuando la dignidad de soberano del Imperio no proporcionaba al que la ejercía grandes elementos de poder, sin embargo, si él lograba que se la otorgaran, su situación en los territorios hereditarios se robustecía considerablemente, y en cambio, en el caso contrario de que su familia perdiera aquella cualidad que desde hacia siglos estaba vinculada en ella, su respetabilidad y su consideración sufrirían un golpe mortal. La importancia que para él tenía la dignidad imperial se evidenció muy pronto durante el curso de la guerra bohemía.

Pero las mismas razones que tan ardentemente le hacían desear la corona imperial habían de impulsar á los protestantes y aun á los católicos moderados y partidarios de la paz á oponerse con toda energía á su elección. La existencia del Imperio como unidad dependía de la armonía de los dos grandes partidos religiosos, y siendo esto así, ¿no había de ser funesto para el Imperio que se sentara en el trono no ya un católico, como siempre lo había habido al frente del mismo, sino un católico de tendencias tan extremas como las que hasta entonces había seguido Fernando y seguía aun en los territorios hereditarios? Los anteriores emperadores habían procurado constantemente mantener la paz entre los partidos por lo menos dentro de los límites que imponía la situación considerada en su conjunto. ¿Qué sucedería si se nombraba un emperador que estimaba como su misión ineludible combatir á uno de los dos partidos hasta lograr su completa destrucción? Por otra parte, de ser elegido emperador Fernando, el Imperio se vería necesariamente arrastrado á las luchas que aquel tenía que sostener en sus territorios hereditarios.

A pesar de estas consideraciones, la política del Palatinado fué la única que con completa claridad y conocimiento de causa llamó la atención sobre todos estos puntos de vista. Ya en tiempo del anciano emperador Matías el Palatinado se opuso con todos los medios de que disponía á que prevaleciera el plan de la casa de Habsburgo, que ya entonces trabajaba muy seriamente á fin de que Fernando fuese nombrado sucesor en el Imperio; pero para lograr su intento necesitaba encontrar un candidato digno que oponer al patrocinado por los Habsburgos. Todas las tentativas que en este sentido se hicieron fracasaron. Se pensó primero en el duque de Lorena, para apoyar al cual estaban en tratos el joven elector Federico V y el duque de Bouillon; mas el interesado rechazó todos los ofrecimientos que se le hicieron. En aquel

entonces llegó á la corte del Palatinado la noticia, inexacta según se vió después, de que el elector de Colonia estaba trabajando en París para asegurar la corona alemana á su hermano el duque Maximiliano de Baviera, y la política palatina apresuróse á aceptar aquella candidatura, pues si bien Maximiliano era un católico dotado de gran energía, con ra-

zon pensaba el Palatinado que mucho se ganaba si con la elección de Maximiliano lograba producirse una disensión entre las dos poderosas casas católicas de los Habsburgos y de los Wittelsbach. Pero por esta misma razón precisamente, aun prescindiendo del afecto personal que por Fernando sentía, no tenía Maximiliano grandes deseos de presentarse



El emperador Fernando II. Facsimile reducido de un grabado anónimo de la época

candidato al trono imperial, y así se lo declaró resueltamente á Neu, secretario del margrave Joaquin Ernesto de Brandeburgo, que fué el emisario á quien el Palatinado envió para decidirle á aceptar. No contento con esto, y para dar al rey Fernando una prueba elocuente de su lealtad, Maximiliano participó francamente á aquel la proposición del Palatinado y su negativa á aceptarla (7 de noviembre de 1617). Esto no obstante, el Palatinado no podía conformarse con abandonar desde luego toda esperanza de que Maximiliano consintiera en presentar su candidatura, así es que, para tratar de convencerle, Federico V en persona marchó á Munich en febrero de 1618. Todos sus esfuerzos fueron inútiles, pues Maximiliano perseveró resueltamente en su negativa. De mo-

do que al morir Matías no había propiamente más candidato que Fernando. Los electores eclesiásticos estaban decididos á elegirle, y en cuanto á los laicos podía contarse con cierta seguridad por lo menos con el elector de Sajonia, que ya en vida de Matías se había expresado en un sentido favorable á la elección de aquel.

Así estaban las cosas cuando se reunió en Francfort la dieta de electores y Fernando salió de Viena para asistir á ella como elector y rey de Bohemia, nombrando antes de partir de aquella ciudad regente suyo en los territorios hereditarios al archiduque Leopoldo. Fernando púsose en marcha el día 11 de julio al frente de un brillante séquito, del cual formaban parte el barón de Eggenberg, el presidente